La fascinación del deporte: Cuerpo, práctica, juego y espectáculo, coord. por Francisco V. Galán Vélez (México: Ediciones Navarra, 2019), 512 pp.

RECEPCIÓN: 10 de diciembre de 2019.

APROBACIÓN: 9 de junio de 2020.

DOI: 10.5347/01856383.0135.000299485

A don Carlos de la Isla, in memoriam

Cuando “todo parece estar dominado por el capital y la pasión parece haberse convertido en un rehén más de la codicia” (14), uno puede preguntarse cómo y por qué el deporte se ha convertido en algo tan importante para nuestra cultura actual. Y la respuesta más obvia es que el deporte, junto con la pornografía, el tráfico de armas o la industria cinematográfica, es uno de los negocios más jugosos del mundo.

Sabemos que el espectáculo deportivo se ha transformado en un casino, y tanto los deportistas como los aficionados se alejan de la esencia del deporte como juego. Por ejemplo, si tomamos en cuenta que en Estados Unidos la temporada regular de fútbol americano tiene 17 fechas, la del básquet 82 y la del beisbol tiene 162 juegos, se puede hacer una idea del negocio beisbolero y en lo que se han convertido los encuentros deportivos profesionales de estas disciplinas. “Recuerdo —dice Francisco V. Galán Vélez— cuando de joven iba al parque del Seguro Social a ver el beisbol, y me sorprendía ese grupo de personas mayores que intercambiaban el dinero todo el tiempo, apostando si daba hit, si daba cuadrangular, si habría ponche; me preguntaba si disfrutaban del partido, y si era correcto lo que hacían” (27). Cuando al deporte se le incrusta el juego-azar se le quita lo fascinante al juego-deporte. La fascinación que tal vez experimentan los jugadores de apuestas puede tener que ver con la cuantificación que se hace en el beisbol, el fútbol americano o el automovilismo. Algunos deportes también son estadística. Cuando los números cuentan su historia se hace un tópico para la comunidad deportiva. Hay

récords y hazañas: el alpinista puede contar entusiasmado los logros de tal o cual personaje; el fan del tenis recordará el contraste maravilloso entre Nadal y Federer o el hincha merengue contará de las orejonas ganadas por el Real Madrid. Con los números se forman leyendas del deporte como espectáculo. La profusión de reglas ajenas a la vida diaria de muchas actividades deportivas ha hecho que la complejidad de muchos deportes se preste a las trampas o a ver a los aguafiestas del objetivo lúdico esencial; por ejemplo, cuando el equipo solo hace tiempo, porque tiene el marcador a su favor. Pero lo que es fascinante, en opinión de Galán Vélez, es la incertidumbre y la tensión emocional en la que tanto protagonistas como aficionados somos atraídos por el juego no se acaba hasta que se acaba.

El deporte emociona porque es una analogía de la vida humana. A pesar de ser imposible predecir con certeza el resultado de sus intenciones, la forma de hacerlo le da una dignidad y un merecimiento inmerecido. Inmerecido porque la suerte también juega. Por eso quizá, cuando el equipo o el jugador ganan, el “jugador soberbio dirá que estaba seguro de que él era el mejor, y el aficionado ostentoso también se jactará de haberlo predicho con seguridad” (26).

Pero no todo en esta vida son números. Las restricciones “éticas” que los intelectuales analíticos le hacen al fenómeno del deporte reducen todo el problema a su aspecto económico-estadístico y dejan de lado el esfuerzo por comprender y reflexionar sobre su fascinación. En el ensayo inicial de esta compilación de trabajos, Hans Ulrich Gumbrecht, de la Universidad de Standford, se plantea la pregunta por la atracción que ejercen los deportes en los aficionados. Los intelectuales muchas veces no se atreven a declararse seguidores de ningún equipo y los teóricos del deporte (casi todos psicólogos, sociólogos, economistas o politólogos) han dejado de lado, sostiene este autor, la dimensión “estética” de un fenómeno humano y colectivo, fundamental de la modernidad tardía que vale la pena conocer, juzgar, interpretar y comprender.

Porque puede haber más maneras de ver el deporte, este libro es una aportación para quienes aceptan y asumen que el fenómeno humano es fascinante. Si hay que reducir todas las maneras de ver y entender el deporte quedarían, en mi opinión, dos esenciales: el que lo vive y lo practica, y el que lo observa y lo disfruta. La visión libre y comprometida del ser humano recuerda al genial Murakami en *De qué hablo cuando hablo de correr*, quien abunda en las tres cualidades que comparten escritores y corredores: el talento, la constancia y la concentración. Este libro tiene estas tres cualidades.

Muy diferentes son quienes observan el deporte, ajenos al deporte mismo. Es decir, mientras los sociólogos, los psicólogos y los antropólogos culturales hacen del deporte un objeto de estudio, solo ven el fenómeno enajenante, la expresión ideológica, a veces una forma de vida o la experiencia agónica de nuestra época de consumo. Los filósofos, los deportistas y los historiadores intuyen que hay algo más que ver y comprender.

El deporte, en efecto, *fascina*. El deporte es un juego libremente asumido que nos hace vivir la aventura y emoción que provee el drama de la vida. ¿Cuál manera de ver es más verdadera? ¿Cómo podemos ver más allá de como lo ven los seis ciegos que describen al elefante?

El libro que tenemos ocasión de compartir y recomendar fue coordinado por Francisco V. Galán Vélez. Durante más de tres años trabajó en la Universidad Iberoamericana con un grupo interdisciplinario que tenía la ambición de comprender más a fondo esta manifestación humana fundamental: el objetivo “fue principalmente el de analizar el deporte en tanto que juego altamente reglamentado, de incierto resultado, tópico dramático de la vida pública y de alto valor simbólico y ritual” (66-67). Galán Vélez se dedica desde hace muchos años a la filosofía del juego. Contagia su entusiasmo siempre que logra entender y ayudar a otros a entender los asuntos de la vida humana.

La fascinación del deporte está compuesto por diecinueve ensayos: uno inicial y dieciocho más distribuidos en dos secciones, la primera dedicada a la práctica corporal y la segunda al deporte espectáculo. Leyendo cualquiera de estos textos se percibe, entre líneas, este asombro filosófico del compilador. ¿Por qué nos *fascina* el deporte? La reflexión filosófica de cada autor se desata a partir de este cuestionamiento.

Correr con los griegos, caminar con Freud o practicar el montañismo; asumir los valores de las artes marciales o del yoga; reflexionar sobre el ejercicio físico y su relación con la moral, la higiene y la disciplina corporal; revisar la historia de la gimnasia artística y leer ahí los rastros de la Guerra Fría; cobrar consciencia de cómo “el deporte femenino se sigue viviendo y pensando como una práctica incompleta del deporte masculino” (34). Todos estos temas están agrupados en la primera sección dedicada a la práctica corporal.

Galán Vélez escribe en su Introducción que el deporte, como juego, ha sido formalizado y gobernado por códigos y estatutos muy definidos, en los que lo incierto del resultado aumenta la tensión y lleva a una intensidad emocional y dramática única, y suele ser tema de conversación y hasta referencia obligada para preguntar cosas como: “¿dónde te agarró el temblor?” En un

apartado de este magnífico texto, el compilador clasifica cuatro tipos de juego: el juego de competencia, el juego de azar, el juego de imitación y el juego de vértigo. El deporte es sobre todo un juego de competencia; pero poco a poco, esta tipología se ha mezclado para abrir posibilidades. Por ejemplo, los deportes de alto riesgo pueden ser una combinación del juego de competencia y del juego de vértigo. Todos los deportes tienen su origen en el juego humano. En todos los juegos, la norma o regla delimita el espacio y el tiempo del juego respecto del espacio y tiempo de la vida rutinaria. La mayoría de los deportes son juegos de competencia en los que las reglas buscan también hacer justo el resultado, en el sentido de que ganan los más aptos o habilidosos.

El juego de imitación que expresa nuestra capacidad de simbolización se ha combinado también para dar como resultado el deporte de espectáculo. Esta es la segunda sección del libro: ya no solo hay deporte de competencia, sino que hay deporte de espectáculo. La necesidad y el azar son una realidad universal de todos los deportes de espectáculo. Galán Vélez sostiene en el ensayo que escribió para el libro que el beisbol, por ejemplo, es un deporte en el que es más importante lo que puede pasar que lo que efectivamente pasa. El lanzador se prepara, las bases están llenas, es la última entrada y la cuenta está en tres bolas y dos *strikes*, viene el lanzamiento y... el juego abre una constelación de posibilidades.

178 El deporte de espectáculo permite admirar el ritual, sagrado en muchos casos, en el que los jugadores “hacen como sí”; saltan a la cancha disfrazados para jugar (rugby, futbol, beisbol o básquet) y convertir el juego en el espectáculo escénico o dramático más fascinante de la oferta televisiva. El deporte *fascina* también porque es una puesta en escena en la que los deportistas representan el personaje que son ellos mismos. Los que juegan al rugby son ciegos al dolor, solo les importa el honor del guerrero. El aficionado juega también “disfrazándose” de algo (se pone la camiseta, se pinta la cara, etc.) para participar en un ritual en el que no es lo que suele ser en su vida ordinaria. ¿Quién no tiene el recuerdo feliz de prepararse para ejecutar un penal o hacer una rueda de carro y anunciar el personaje que en ese momento somos?

Finalmente, el deporte moderno siempre va de la mano del desarrollo tecnológico. La Fórmula 1 es analizada como resultado de la fusión entre el cuerpo y la máquina. El espectáculo televisivo “nos permite controlar cada detalle visual para hacernos sentir espectadores todopoderosos, pues nada permanece oculto a nuestra mirada” (37). Hay, incluso, una estética ontológica sobre la

que vale la pena reflexionar cuando vemos y nos identificamos con el esfuerzo y el dolor heroicos de los ciclistas en el giro de Francia.

El valor de esta publicación radica en que es una editorial mexicana la que impulsa el concierto de voces que el coordinador hizo para que, como en una orquesta, cada texto diera el tono filosófico a la melodía deportiva universal. Además de introducción y los ensayos mencionados, este libro lleva un prólogo y, al final, una descripción sobre los autores, créditos de las fotos y agradecimientos. Se echa en falta un índice analítico. Pero hay que destacar que con cada texto, incluyendo la introducción, se muestra una fotografía deportiva extraordinaria. La mayoría de las fotos son de Héctor Vivas, pero también hay otras imágenes de Javier Martínez, Eloísa Sánchez y Eduardo Gleason. Cada imagen, como rastro heideggeriano del ser, da qué pensar.

FERNANDO CALOCA AYALA
Hermeneuta